

CRISTÓBAL COLÓN ANTE EL ESPEJO: UNA VIDA Y UN DESTINO

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Resumen:

Evocación de la figura de Cristóbal Colón y su significación histórica, en la que se analizan detalladamente las circunstancias que determinaron su excepcional trayectoria vital desde la incertidumbre de los comienzos a los contratiempos de sus últimos días.

Palabras claves:

Cristóbal Colón, España, Reyes Católicos, Descubrimiento, América.

Abstract:

Evocation of the figure of Christopher Columbus and his historical significance, with a detailed analysis of the circumstances which determined his exceptional life story from the uncertainty of the beginnings to the setbacks in his last days.

Keywords:

Christopher Columbus, Spain, Ferdinand and Isabella, Discovery, America.

I

Si tendemos nuestra mirada al pasado en busca de algunos de los hombres que han de ser tenidos por principales y, como tales, con mayor o menor acierto reconocidos en los valores y hechos que se les atribuyen, y como tales que vinieron a marcar un antes y un después en el devenir de la humanidad, ante pocos de ellos encontraremos que han sido dotados de una vida mas sobresaliente a la vez que mas contrastada, y extraña, como fue la de Cristóbal Colón. aquel hombre que un día de 1485 llamó a la puerta del convento franciscano de La Rábida en el condado de Niebla, llevando de la mano a su hijo Diego, según dice la leyenda para que les auxiliasen con un poco de pan y agua.¹

Un hombre que gustaba saber de cosas peregrinas, pero que andando el tiempo se haría merecedor del título de Almirante de la Mar Océano junto a otros honores, con lo que ello representaba en la Castilla de su tiempo, hace que a poco que sepamos de él, percibamos que junto a haber sido poseedor de una personalidad tan consistente y firme como dispar y compleja según el parecer de cuantos le conocieron en vida, o con posterioridad salieron a su encuentro para tratar de recuperarlo y mostrarlo en lo que había sido muy pronto continuaba siendo, se tuvieron que contentar con exponer lo que admitieron que *debió ser*, ya que a lo más que pudieron alcanzar a vislumbrar en él fue sobre una larga serie de contrastes y claroscuros procurados por unos datos y referencias que, desde el primer momento, se mostraron vagos y hasta arbitrarios, por no decir inciertos e incompletos, o lo que es lo mismo que afirmar que se aventuraron sobre noticias y referencias que se revelaron más que inciertas en su procedencia por no decir que conllevaban una certitud e interpretación problemáticas, lo que condujo a que en no pocas ocasiones, y ya en sus días, y en su mismo entorno, se fuese tejiendo una especie de quimera en la que dominaba una esquiva y borrosa opacidad que, por otro lado, quedaba unida a una pretendida claridad cegadora.

Y, como consecuencia justa, *lo que vino a ser* el comportamiento de Cristóbal Colón a lo largo de su vida, hemos de aceptarlo de dicha manera a pesar de reconocer que en todo momento, como hombre de mar que era, cuantas acciones, bien de pensamiento como del hombre de acción que era, acometió a lo largo de su vida fueron hechas con decisión y una discreción que alcanzaba el secretismo dado que, salvo la excepción del episodio de la Rábida, que se sepa, no fue amigo de compartir lo que admitía y tenía como suyo con nadie, salvo con su hermano Bartolomé, pues sólo él y desde el primer momento del que nos han llegado discretas referencias y noticias de su comportamiento, tenemos conciencia de que todo lo argumentó y alzó en soledad.

Mas, para él, aquel mar de aguas oscuras, como gustaban decir de ellas los árabes en sus cartas de marear, abierto e ilimitado una vez salvado el paso de violentos vientos encontrados en los dominios de las Columnas de Hércules, o de saber de sus misterios legendarios tras oír a los marinos en los refugios de mil puertos, o lo

¹ Francisco J. Flores Arroyuelo, *Cristóbal Colón en la Rábida*, Murcia, 2013.

escuchado de boca de los marinos portugueses que repetían con cierta convicción que tras la línea del horizonte había tierra..., lo que recomponiéndolo en lo posible hace que podamos pasar a identificarle en lo que fue en íntima unión con lo que pudo ser, y con ello a saber de las reservas mentales que pronto intuimos que custodió en todo momento pues, muy pronto, para él, aquel mar Océano dio en ser un desafío del que siempre admitió que saldría victorioso y, por ello, a venir a ser descubridor de unas islas que guardaban a la India, a las tierras del Gran Khan, a las que habría de llegar siguiendo la rota de Occidente.

Para el que sería el Almirante de la Mar Océano, y dada la trascendencia del hecho que en sí poseyó el hallazgo de tales islas, y lo fue hasta su muerte, no pasó de ser un prelude obligado y cierto de la tierra firme del continente asiático por poseer unas acertadas referencias que dedujo de las noticias aportadas por los sabios de la antigüedad y que habían quedado unidas a las aportadas por los misioneros y mercaderes que se habían aventurado por las tierras que se abrían a Oriente, tras vencer desiertos y tierras pobladas por seres humanos de las razas más diversas, tal como se había referido en el libro que el veneciano Marco Polo había fijado los recuerdos de su viaje y que leyó con suma atención.²

Unido a aquel conjunto de certidumbres y quimeras, debemos aludir a la repercusión y trascendencia que el descubrimiento de Cristóbal Colón alcanzó una vez que hubo sido divulgado y propagado como nueva a lo largo y ancho del suelo europeo gracias, sobre todo, a la difusión que de ello se ofreció por los papeles salidos de las imprentas, un medio propio de aquellos días que hizo, igual que su descubrimiento, que viniese a ser semejante a un fiel dispuesto en el tiempo por el que se posibilitara establecer con completa nitidez la separación de una etapa pretérita de la humanidad que parecía quedar cerrada, de otra que se inauguraba de manera sorprendente y era dirigida sobre nuevas perspectivas a un futuro desconocido.

Estadios temporales e históricos que iban a quedar diferenciados y poco a poco, si queremos contemplarlo de esta manera, también separados y distanciados pues, como la profunda incisión social que significaban, y a pesar de que ciertas afinidades y raigambres las enlazaban y continuaban, vino a imponerse sobre el sentimiento de posesión de una certeza por la que los europeos admitieron la asunción de algo que hasta aquellos momentos de finales del siglo XV, había sido tan desconocido como ignorado.

Por el compendio de cosas heterogéneas que en sí era aquel mundo nuevo, debemos considerar que no en balde aquella apertura hecha posible por Colón, incidió de una manera tan profunda que precipitó la aceptación de una fundación en la que todo quedó establecido sobre unas premisas que habían permanecido ocultas, y hasta fuera de la posibilidad que brindaba la imaginación pues no en vano todo pasó por la admisión de una nueva cosmovisión del mundo. Y, junto a ello, quedaba la asunción de lo que venía a ser la aceptación de la naturaleza, de una naturaleza que

² Ver *El libro de Marco Polo*, edición de Juan Gil, Madrid, Biblioteca de Colón. vol. I, 1992. Ver introducción pág. XXIX y ss.

había permanecido preservada y virgen desde la creación del mundo, y que, como tal, asumió que estaba esperándole.

En íntima unión con todo ello, pues así se evidenció muy pronto, hubo que contar con lo que representó el hecho capital de la presencia de unos seres en aquel medio natural, lo que le condujo a dudar si eran humanos, pues estaba el hecho de que habían sido tenidos por desconocidos y hasta por inexistentes, aunque muy pronto pasaron a ser unas imágenes que los mostraban en su compleción y desnudez características, sobre las distintas estampaciones de los grabados que habían fijado sus imágenes sobre un primitivismo dominante, lo que a su vez obligó a que se alzaran mil preguntas en medio de otras tantas dudas, lo que pronto hizo que quedaran dos posturas enfrentadas, no faltando aquellos que los tuvieron por criaturas de Dios ni los que los vieron por ajenos a la condición humana.

Sí, Cristóbal Colón fue dueño de unas actuaciones profundamente trabadas que, como tales, estaban orientadas a la consecución de un fin que le permitiera obrar de manera semejante a como pudiera hacerlo una poderosa palanca a la hora de transmitir una fuerza firme y sostenida y, al mismo tiempo, vino a corresponderse, como consecuencia, con el agudo sentimiento de curiosidad que le dominó en todos los momentos de su vida.

Dicha concepción, también, si queremos, plenamente visionaria, estaba conformada por una dotación de firmes creencias que el propio Almirante verificó sobre distintas experiencias, así como de toda clase de apoyos y antecedentes teóricos que había heredado de la sabiduría de un tiempo que se hundía en el pasado, lo que hizo que por su peculiar modo de ser, le sirviera para engarzar unas razones y unos fundamentos establecidos sobre la argumentación procurada por una lógica consecuente.

Aquel conjunto de conocimientos posibilitó que pudiera asumir el hallazgo y la posesión de una concepción del mundo que hasta él había permanecido velada y hasta agena a la humanidad. De una noción que, como tal proyección, admitió que habría de guiarle en lo que había venido a ser una visión ordenada y sostenida en ella misma como la obra de Dios que era y, en su consecuencia, hizo que viniera a situarse en una coyuntura que le permitió que pasara a actuar con audacia y firmeza.

Todo, al final, y tenemos que admitirlo como el fruto que se obtuvo sobre unas relaciones y correspondencias que quedaron establecidas aunque, al principio, lo hicieran sobre meros indicios y leves señas para, poco mas adelante, éstas, como exponentes que eran, pasaron a adquirir la textura de unas pruebas y testimonios que no podían ser ignorados, con independencia de que a veces no dejaran de ser meras huellas de felices percepciones que se habían afianzado en su capacidad imaginativa, viva y dinámica a la hora de relacionar dos extremos aparentemente dejados a su suerte y, con ello, de su perspicacia y clarividencia tan lógicas como intuitivas. Todo, al final, hubo de conducirlo a establecer en torno suyo un cuerpo de analogías que le posibilitaron modelar y consolidar un conocimiento verdadero que le fue forzoso secundar.

Unido a lo que hemos ido apuntando, y como claro contrapunto clarificador, debemos asumir también el hecho de que Cristóbal Colón fue poseedor de una vida colmada de situaciones aleatorias y azarosas que se sucedieron de manera precipitada desde los mismos días de su juventud pues, paso a paso, la fue labrando con vehemencia en medio de aparentes y extraños desajustes, cuando no de ocultamientos y accidentes.

Y con ello, aparte de que semejante al proceso de una conducta que fue asumiendo, ésta dio en desarrollarse sobre mil fuerzas que las menos de las veces se mostraron concordantes y afines, y las más lo fueron contradictorias, opuestas y violentas, lo que ha hecho que por encima de las aparentes y copiosas noticias que de ellas nos han llegado, y ya lo haya sido por lo que encontramos expresado en sus propios escritos, que con frecuencia denotan un tono bien propio de confesión y, en otros, un tanto distantes como corresponde a la documentación propia de cédulas y correspondencia administrativa con los monarcas y ciertos personajes bien significativos...

Con ello, el acopio de datos con que contamos, que comprenden desde las obras debidas a un buen número de los Cronistas de Indias, así como de los múltiples testimonios circunstanciales prestados por los testigos de los *Pleitos Colombinos* que declararon haberle conocido, y de muchos que supieron de él por tratarlo en diferentes situaciones y lugares.

En muchos de ellos encontramos elogios junto a opiniones esquivas, y hasta de expreso desden y hasta hirientes, lo que al final hizo que su personalidad resultase más que trastocada un tanto desconcertante, y por qué no, hasta incierta y difusa.

Lo que hace que en una gran proporción el prolijo corpus que nos presenta la bibliografía colombina acumulada a lo largo de los siglos, nos muestre una materia netamente sugerente, locuaz y colmada de viveza, y por qué no, también enmarañada y confusa y, en buena parte, hasta incierta, y precaria.

Con este cuerpo tan informe, la figura de Cristóbal Colón, ha ido quedando reducida a ser poco menos que un motivo reconocido pero que así mismo, ha ocasionado y permitido que se le haya buscado sobre infinitas variaciones un tanto desconcertantes, más que desde un conjunto de respuestas suficientes y claras.

Con todo ello, la figura de Cristóbal Colón, para sus contemporáneos, fue admitida con un cierto recelo pues fue tenido por dueño de una especie de aura misteriosa que propició que su existencia viniese a ser considerada poco menos que indescifrable, como continuó siéndolo en los siglos siguientes, para aquellos que se sintieron atraídos por su personalidad, y con ella lo que en verdad había llegado a representar. Y por otro lado, debemos considerar que incluso en su propia imagen de hombre, fue un ser enigmático pues debemos tener presente que de él no nos ha quedado ningún retrato hecho en vida.

Y muy pronto, más de uno y de dos de los historiadores que se han aproximado al Almirante de la Mar Océana, se han visto obligados a tener que terminar

rindiéndose por reconocer que sus propuestas no podían pasar de ser apetencias voluntariosas y vanas que venían a confundirse con la aceptación de no ser más que la participación de un imposible.³

Por eso, en las incontables biografías que se han escrito de nuestro personaje, y de una manera mas que iterada, se nos ha hecho saber de unos sucesos en los que le hemos encontramos yendo y viniendo en viajes que le conducían a los lugares más dispares del mundo, desde el Mediterráneo al Mar del Norte, desde Islandia a la Guinea Portuguesa..., lo que, al final, nos lleva a que consideremos necesario volver a tener que preguntarnos qué es lo que podemos encontrar en su vida por sentirla dominada por la imposición de un secreto condenado a no ser desvelado ni siquiera en parte.

En consecuencia con todo lo que apuntamos, y por ser un arcano que en mil ocasiones ha pasado a ser admitido por un verdadero y profundo enigma que en sí mismo atrae, lo que ha hecho que haya permanecido vuelto sobre él.

Con todo este conjunto de medias y posibles verdades sobre hechos que no dejaban de ser cuestionables, hizo posible y hasta precipitó que él, Cristóbal Colón, como el ser humano que fuese semejante a una persona tan esquiva que resultó poco menos que inalcanzable y, en su consecuencia, a que su vida tuviese que ser asumida como una especie de misterioso enigma del que hasta nuestros días no se han podido encontrar algunas de las claves que facilitasen su conocimiento.

De Cristóbal Colón —y ya sea considerado como una mera referencia humana o como una piedra angular de significado definidor e histórico—, una destacada conocedora de sus escritos y de cuantos de ellos se han dado cuenta, como es Consuelo Valera, nos ha dejado dicho que tanto como hombre y en lo que fueron los hechos conocidos de su vida, siempre «ha sido, es y seguirá siendo un tema polémico. Todo sobre su vida y su obra se pone en entredicho: desde su solar de nacimiento hasta el lugar del primer desembarco en las Indias, el sitio exacto donde pisó el continente sudamericano por primera vez, o incluso dónde reposan hoy sus restos...»⁴ Por ello, a lo más que podemos aspirar es a presentar una ceñida perspectiva con la esperanza de que añadamos un poco de luz en alguno de sus aspectos.

En consecuencia con cuanto decimos, este cúmulo extraordinario y cerrado de referencias documentales, noticias, avisos, informes, sugerencias, alusiones..., y hasta hablillas más o menos torpes que en sí no pasan de ser notas pintorescas un tanto absurdas, y que se han ido precipitando en estratos temporales, vienen a corresponderse con las diferentes etapas históricas que se han sucedido.

³ Sobre este problema, y las quejas que conllevó, ver entre otros trabajos Ricardo García Cárcel, «Cristóbal Colón y los historiadores», en Carlos Martínez Shaw y Celia Percero Torre, eds., *Cristóbal Colón*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006, págs. 381 y ss.

⁴ Consuelo Varela, en el trabajo de introducción a Fray Bartolomé de las Casas, *Obras Completas*, T. XIV, Madrid, 1989, pág. 21.

De ahí que, por ejemplo, podamos decir que existe un Cristóbal Colón de los Cronistas de Indias que, con poca duda, resulta ser poco coincidente; con el que nos han presentado los historiadores románticos por ejemplo, o con el de fray Bartolomé de las Casas..., y el de éste último, a su vez, quede más que distantes del que se configuró sobre la concepción positivista..., lo que hace que al final se argumente lo que puede y debe reconocerse por lo que fue su vida, o por tal se admite, y que al igual que en tantas otras ocasiones, nos sirva de punto de partida a nuestro propósito, que no es otro que, en el máximo grado posible, llegar a saber de él desde lo que queriendo o sin querer dijo de sí mismo.

Todo lo cual, y lo que por nuestra parte se refiere, ha propiciado que lo que debemos admitir como relativo a su existencia, aunque haya quedado un tanto desdibujada en muchos aspectos, y por tanto sea proclive a mostrarse engañosa y hasta en cierto grado ilusoria, lo que ha hecho que la mayor parte de aquellos que han intentado aproximarse a él para definirlo y reconocerlo con certera validez en lo que fue, muy pronto se han sentido dominados por la desconfianza para, a continuación, aparecer un tanto desorientados, y ya, al final, tener que contemplarla con pocas dudas de que estaba colmada por igual de seguridades como de incertidumbres, lo que ha hecho que se le contemple como un ser esquivo y precario. a la vez que resuelto en su independencia, junto a que estuvo condicionado por un modo de ser altamente introvertido, lo que hace que en toda ocasión lo hallemos revestido de un caparazón tan bien cerrado que le hizo poco menos que impenetrable.

El conjunto historiográfico que se ha argumentado en torno a su figura ha dado lugar a que se evidencie que la mayor parte de los historiadores que se han aventurado en lo que puede considerarse el relato de su vida, salvo unas destacadas y contadas excepciones, ha terminado contentándose con tomar parte en una porfía con lo que no pasa de ser un conjunto de determinados episodios considerados significativos, mientras que dejaban a un lado aquellos aspectos que asumieron como propios de su intimidad y por tanto de carácter bien personal, aunque en ellos radicase lo que ha de ser considerado semejante a la posibilidad de que se encontraran valiosas respuestas que procurasen netas referencias de su disposición mental, trasunto de su peculiar y compleja psicología.

Y es que una buena parte de dichas obras, y mal que pese a sus autores, no han pasado de ser otras cosas más que unas interpretaciones demasiado aleatorias y orientadas con las que hallar una confirmación de la tesis admitida de antemano, y ello ha sido de dicha manera por haberse separado estos autores de la senda a seguir que aparecía trazada para saber de aquella sociedad propia de la España del siglo XVI, lo que también conllevaba una manifiesta complejidad.

Por todo ello, su vida fue establecida partiendo de la aceptación de una hipótesis que de antemano había sido considerada esclarecedora y hasta definitiva. Pero la verdad es que con Cristóbal Colón no ha cabido la posibilidad de convalidar hipótesis fundamentadas en premisas e inferencias, sino que hay que obrar al revés, para hacerlo desde él mismo.

II

Llegado a este punto debemos preguntarnos por qué podemos señalar en dichas obras un juego establecido sobre equívocos a pesar de estar fundamentadas sobre conocimientos aceptados sobre datos contrastados a la par que cubiertos de una pátina de brillantina un tanto deslucida, aparte de que se hayan escrito con el propósito de poder desvelar lo que siempre ha parecido que había oculto en su vida al ofrecer, por fin, una clave última que hasta ellos había permanecido medio encubierta solamente, aunque poco después la incertidumbre volviese a reaparecer y hasta dominar.

Por tanto, parece suficiente, aunque lo sea en una discreta proporción, que todo esto que enunciarnos como si se tratase de un conjunto de porfías más o menos adecuadas, aunque en cierto puntos estén bien pertrechadas de salidas que se hacen presentes en muchas de estas obras de historia, deba ser aceptado también como una fiel representación de las sucesivas etapas históricas en que concurrieron con sus trabajos, como lo es el que sigue si somos consecuentes con lo enunciado.

Pero, por otro lado, estos trabajos son suficientemente reveladores de las diferentes sensibilidades que concurrieron, y desde las que se fueron asumiendo y proyectando —unos fundamentos ideológicos que condicionaron su enfoque, e incluso los planteamientos de escuela que se secundaron—, pues no en vano todo nos obliga a que debamos asumirlos sobre una exposición ordenada que nos hace tener en cuenta los profusos y contrastados datos que ofrecen para, al final, y también para nuestra sorpresa, se nos antojen que quedan un tanto restringidos, y hasta sean tan esclarecedores como equívocos.

Todo ello nos conduce a situarnos en un estado en el que debemos asumir en que todos están participando de un juego del que no terminamos de saber las reglas por las que debemos regirnos, y ello es de dicha manera aunque en diferentes ocasiones nos haya servido para obtener con mayor o menor acierto el conocimiento suficiente que nos conduce a que vislumbremos al Almirante en su permanente peregrinaje y soledad.

Por lo general, como llevamos apuntado, este cuerpo histórico fue alzado sobre un copioso número de obras que se estructuraron y escribieron siguiendo el típico patrón biográfico: un patrón que comprendía desde un nacimiento a un final y muerte, y que son unas obras que unas veces han venido a ser reconocidas por la crítica histórica con aprobaciones y aplausos, y otras con reticencias y ambages que al final se traducen en unas declaraciones que manifiestan que están erradas, por no decir de los desdeñosos silencios.

Pero debemos reconocer que no es en vano lo que por cada autor ha venido a ser admitido como propio y caracterizador, más que definidor, de la vida de Cristóbal Colón, y que ha sido lo que ha servido para que haya llegado a poseer la apariencia de una llave maestra que puede emplearse en abrir y cerrar lo que fueron unos intrincados problemas que se alzaron una vez que sucedido el descubrimiento de las islas tenidas por pertenecientes a las Indias occidentales, unas islas primero, y una tierra firme más adelante que pocos años después, en 1507, pasaron a ser

reconocidas que formaban parte de un continente y que el impresor alemán Martín Waldesseüller nominó con el apelativo de América en reconocimiento de los trabajos de descubrimiento hechos por Américo Vespuccio.

Todo ello promovió que en lo tocante al Almirante de la Mar Océana se pasase a contemplarlo desde la imposición de unos criterios contrastados que se sostenían en unas certezas cuyo origen radicaba en la seguridad y confianza con que siempre se admitió que obró —su seguridad, y su confianza—, y que configuraron en él una verdad, más que una certidumbre, que creía que había llegado a confirmar por haber terminado evidenciándose en su conciencia como tal, mientras que en otras ocasiones, desde fuera, y por no haber tenido cuidado a la hora de atemperar y disimular en algún grado la pasión secreta que siempre le inspiró —un impulso que en todo momento le fue pródigo—, no faltó el que desde una reconocida y proclamada admiración hacia él, no dudaron en alzar en sus representaciones la figura de un hombre paciente, precavido, voluntarioso..., tal como lo hallamos cuando sin dar muestras de la menor vacilación, y tras pasar una noche expectante, con las luces de un nuevo día, tomó posesión de la tierra descubierta en nombre de sus reyes, una tierra que por su criterio, debía pertenecer a las Indias, siendo ajeno a que perteneciesen o no al Gran Khan, un jerarca para el que llevaba una carta de presentación que le acreditaba como embajador plenipotenciario de los Reyes Católicos, y junto a ello no es difícil encontrarlo contradictorio, paradójico, discordante..., en sus muchas horas de soledad, y hasta de condena y castigo. Y con ello no faltó el que hasta afirmó que era un personaje de la mayor grandeza moral...

Pero también, y desde una perspectiva diferente a la hora de alzar su obra, se vino a propalar que Cristóbal Colón había sido un hombre obstinado, y hasta que había sido víctima de la soberbia que le colmaba para, al final, contemplarlo como el vencedor de cuantos por unas razones u otras, y en distintas situaciones, se habían mostrado opuestos a su iniciativa, como lo fueron en el orden académico cuando hizo exposición de su proyecto en Salamanca o Alcalá, de un modo semejante a lo que había sucedido en Lisboa, o en el ámbito cerrado e incierto de la corte, pues en unos y otros sólo pudieron obrar, como dijo en cuanto tuvo ocasión, del modo en que lo hicieron por estar movidos por un raquítrico acopio de conocimientos bien propio de los hombres de tierra adentro, desconocedores del enorme mar, y por dejarse llevar, también, de una envidia más o menos manifiesta, y de los más diversos temores y amilanamientos ya que eso parecía que era en lo que se amparaban frente a unos misterios fabulosos que tenía como propios.

Del mismo modo el Almirante se defendió con resolución en lo tocante a que en el descubrimiento de las Indias Occidentales no hubo nada que pudiera ser asumido por fortuito, pues todo fue debido, y lo sostuvo con imperio, al pleno acierto y agudeza de la clarividencia del mundo por él conocido que poseía, así como al consecuente fruto de las muchas horas que había pasado dedicadas al estudio en las obras de los cosmógrafos de su tiempo como Toscanelli y Behaim; en los cálculos matemáticos hechos para fijar el tamaño del globo terráqueo y, en su consecuencia, poder llegar a establecer la distancia que mediaba entre Europa y las islas próxi-

mas a Cipango; en la experiencia adquirida y atesorada por sus poderosas dotes de observación como nos consta que demostró en los viajes que le llevaron a conocer los vientos dominantes y las corrientes marinas de las frías aguas de Islandia e Irlanda así como las de los cálidos mares de las costas africanas de Guinea; a su capacidad de reflexión que le hizo saber con acierto de las diferentes posiciones de los planetas y las estrellas en el firmamento, de las furtivas y sigilosas corrientes marinas, de los vientos constantes e inconstantes en sus direcciones..., y con todo ello hasta de las latitudes, punto esencial de un hombre de mar a la hora de dar la orden de adentrarse en el mar tenebroso... Más no podía ser de otro modo, de las continuadas horas y horas de conversación mantenidas con hombres de mar en los puertos de Galway (Irlanda), o de Madeira, de Cabo Verde, de Faro, de Palos, de Sanlúcar de Barrameda... y de tantos y tantos otros, y a los que escuchó con suma atención cuando le refirieron las relaciones de sus viajes, y en los que había que saber discernir los que decían de posibles referencias verdaderas de las que no eran otra cosa más que fabulaciones y fantasías míticas, aunque por experiencia sabía que no en vano, y tanto unas como otras, podían serle reveladoras.

Por otro lado tampoco han faltado historiadores que ahondando en lo comúnmente aceptado por lo que era su personalidad, por aquello que se había venido a hacer con mayor o menor acierto, para verlo como un hombre celosamente individualista que poseía un lado que le llevaba a andar a la aventura, y como tal que se dejaba llevar por igual de la fantasía como de la fascinación que en él ejercía la realidad del mundo. Y junto a todo ello fue un hombre profundamente religioso para, al final, llegar a contemplarlo como un auténtico místico.

Todo quedó compendiado y magnificado en un extremo opuesto a lo que fue defendido por los que así mismo le tuvieron por un descreído en lo tocante al credo cristiano pues hasta dijeron que en realidad no había pasado de ser un oportunista, y porqué no, hasta un consumado histrión que se servía de su arte de representación para taparse y no perder ocasión de obrar ante aquellos que eran gente principal diciendo con falsedad conveniente a sus fines, y tanto lo fuese en rituales religiosos como cortesanos. Lo cual, dijeron, quedó más que demostrado y sin ningún tapujo en su arraigada y enfermiza obsesión por la posesión de riquezas bien propia de un comerciante, lo que tenía su traducción en una avidez desmedida y manifiesta por la posesión de oro, piedras preciosas, perlas, especias...

Una proclividad, repitieron una y otra vez, que en él era tan natural y manifiesta como desmesurada, lo que le indujo a que en ningún momento pudiera sentirse capaz de enmascararla del todo a la hora de engañar o, por lo menos, disimularla de modo suficiente, y que era paralela a su inclinación y deseo desmedidos de acaparar toda clase de honores y prerrogativas, así como de cuanto pudiese significar algún reconocimiento y distinción, pues nada era suficiente para contentarle..., lo que se oponía frontalmente a los que lo consideraron un hombre humilde, lo que, por serlo, hasta rechazó el título del marquesado de Carrión de los Condes cuando le fue ofrecido por los Reyes Católicos...

Junto a ello, y en un ámbito bien diferente, no faltaron los que echaron cuentas y buscaron en archivos para dar por bueno su posible linaje sefardita y con ello hacerle pertenecer a la raza judía, con lo que ello significaba a finales del siglo XV, así como que se viniese a dudar de mil maneras diferentes a la hora de otorgarle un lugar de nacimiento, lo que redundó para que dicho honor pasase a ser reclamado por los eruditos más o menos locales de mil lugares diferentes, y siempre en base a las más diversas pruebas periciales en las que no faltaron los oportunos documentos manipulados con mayor y menor habilidad y descaro, o cándidas interpretaciones de buena fe, como se demostró en las ocasiones que se siguieron: por ello, pasando a ser para unos español de Galicia, y concretamente de Pontevedra, mientras que para otros lo fue de Mallorca, de Cataluña, de la Alcarria..., mientras que en otras naciones se defendió la postura de que había venido al mundo en Portugal..., aunque siempre predominó la que sostuvo con firmes razones que Cristóbal Colón fue de Génova, la que sin duda es la más acertada pues así lo consignó él mismo en su testamento y lo reafirmó su hijo Hernando... aunque también ser genovés pasase por diferentes estimaciones.

Tampoco faltó el que hizo de él un buen pícaro aunque en su caso, a diferencia de otros de tal oficio y beneficio que se movían por aquella España del siglo XVI, teniendo por ello buen cuidado en ocultar sus años de mocedad, un tiempo del que se dijo que se había embarcado de grumete para pasar a hacerlo años después en la marinería del pirata René d'Anjou que operó por el mar Mediterráneo, lo que le permitió llegar a figurar en uno de los ataques que sufrió su ciudad..., y en esta línea lo juzgaron también como un hombre ingenioso y de pocos escrúpulos por ser capaz de adueñarse de ciertos documentos que consideró necesarios para algún fin por él perseguido, como hizo en Lisboa con la famosa carta de Paulo Toscanelli, aunque otros dijeron que dicha apropiación la llevó a cabo su hijo Hernando; y también que cuando se lo proponía estaba dotado de una gran capacidad de seducción, con independencia de que en todo momento actuase con suma reserva en lo referente a opiniones que pudieran dejar asomo de lo que sentía en su conciencia, lo cual no le impidió establecer relaciones de amistad con algunas de las personas notables de la Corte por su manifiesta influencia, pues consideró sobre ciertos cálculos que en su momento podrían servirle para que le abriesen las puertas que daban acceso a las deseadas audiencias reales...

Mientras que a distancia de estos últimos, o mejor, a un considerable apartamiento, tampoco faltaron los que prodigaron las aseveraciones y afirmaciones de que en todo momento Cristóbal Colón se había dejado conducir por los recursos propios de una imaginación amiga de las mixtificaciones, pues aquella forma de discurrir que le era propia era algo que en él aparecía de manera poco menos que desbordante y hartamente manifiesta, aunque también era verdad, como se vino a reconocer, que todo ésto hiciese posible que fuese captar mucho de aquello que nadie de quienes estaban en su torno pudieran llegar a advertir ni siquiera de una manera mínima, mientras que para otros muchos, aquellos estados de ensimismamiento místico a los que solía entregarse eran una prueba más que suficiente de la falta de sustancia que en realidad poseía, lo que, en consecuencia con ello, propició que en no pocas

ocasiones tuviese unos comportamientos que en todo eran semejantes a aquellos de los que se decía que solían encontrarse permanentemente en las nubes.

Tampoco faltaron naturalistas, filólogos y críticos literarios que al analizar con minuciosidad sus escritos y el lenguaje que le era propio, así como el bagaje cultural que traducían, concluyeron que Cristóbal Colón fue un perspicaz y acertado observador del mundo y con él, concretamente, de la naturaleza americana que un 12 de octubre de 1492 se desplegó ante él por primera vez, lo que sirvió para que hasta se llegase a admitir que en sus escritos se manifestaba una expresión que traducía una sensibilidad propia de un auténtico poeta...

Unido a este cuerpo tan heterogéneo como abigarrado de opiniones y conjeturas, de afirmaciones y negaciones tanto absolutas como relativas, y por no poder ser de otro modo, también tenemos que hacer alusión a cuanto aportaron otros muchos historiadores que en ningún momento dudaron a la hora de mostrar hacia el descubridor un manifiesto desprecio y hasta un ostensible rechazo, y es que encontraron evidencias que decían de que el genovés se había empleado en muchas de sus actuaciones en las tierras que gobernó con suma injusticia y total falta de humanidad..., con lo que el menor intento de justificación de su crueldad y continuado comportamiento, así como de las airadas reacciones que demostró en numerosas ocasiones, decían que era poseedor de un carácter más que imposible, lo que le hacía intratable, aunque se tuviese en cuenta que todo ello no vino a diferir ni en poco ni en mucho de lo que fue el comportamiento de la mayor parte de los hombres que tomaron parte en la empresa Americana cuando vinieron a encontrarse en ocasiones más o menos semejantes. Y para que nada faltase, y por hacer que fuese rentable el descubrimiento de las Indias, hasta le hicieron ser el creador y promotor de la esclavitud...

Del mismo modo y dentro de este holgado conjunto de fervientes aplausos y destempladas quejas, y hasta denuncias e inculpaciones, se le distinguió con la cartela de ser el causante principal de haber puesto al servicio del capitalismo que en aquellos días comenzaba a dar sus primeros pasos con firmeza en Europa, y hasta la explotación baja y mercantil del suelo americano y, unido a él, el destino penoso de sus moradores...

Y para que nada corra el riesgo de venir a quedar fuera de lo registrado en estas líneas, tampoco faltaron los que lo tuvieron por un declarado y manifiesto miserable, como cuando negó una reducida cantidad de dinero que la reina Isabel había dispuesto que se entregase al primero de los tripulantes que avistase tierra en el primer viaje, y hasta se vino a considerarle un auténtico depredador de la naturaleza y de los hombres, condición ésta que era consecuencia de lo que había sido su actuación de hombre aprovechado al dejarse llevar por el interés inmediato en el tiempo que gobernó las tierras americanas, y por ello ser de corazón insensible, o si se quiere, indiferente e insensible a cualquier asomo de dolor ajeno.

Como consecuencia de lo apuntado se dijo a modo de conclusión que fue un hombre arrobado y contemplativo, y piadoso, y de unas formas paralelas a ello no faltó el que le tachó de ser tan inexorable como cruel por estar dominado su espíritu

por el dictado de un corazón sañudo y despótico que había hecho que sólo se interesase a impulsos de un egoísmo manifiesto que le produjese un beneficio inmediato, pues su motor que anidaba en su espíritu era propio de un comerciante fenicio.

Pero todo esto, que en gran parte da respuesta a un ajuste de cuentas desproporcionado, debe quedar dispuesto junto a lo afirmado por entusiastas ensayistas de ocasión que no han dudado en mostrarse amigos de admitir intuiciones que le llevaron a defender ciertas hipótesis un tanto peregrinas por no decir carentes del menor sentido, como aquellas que divulgaron ciertos aficionados al cultivo de lo esotérico por lo esotérico en un afán por dejar ver la muestra de una justicia trasnochada, como aquel que dijo que Cristóbal Colón descubrió el continente americano por su condición de ser miembro de la Orden del Temple que, como tal, había sobrevivido en el mayor de los secretos, pues ni más ni menos que era el descendiente directo de uno de aquellos caballeros que pudieron huir a tiempo de la destrucción ordenada por el rey Felipe IV de Francia y embarcaron en el puerto de La Rochelle para dirigirse al continente americano de donde él, uno de sus descendientes, volvió a Europa cuando creyó que era el momento oportuno.

Aquella armada—se ha dicho con desparpajo un tanto simplón—, guardaba en sus bodegas gran parte de las riquezas atesoradas durante años y años por aquellos caballeros medievales entre las que figuraban puntuales cartas marinas del océano Atlántico en las que ya aparecía la línea de costa del continente americano, lo que hizo que sin la menor vacilación Cristóbal Colón pusiera dirección a las tierras que le esperaban más allá del horizonte occidental. Sí, sostenía este fecundo e imaginativo erudito, que el continente americano había sido descubierto por los templarios, para desaparecer después sin dejar el menor rastro, salvo en aquellos que regresaron a Europa para, desde ella, llevar a cabo lo que habría de ser el descubrimiento. Con todo ello, según han defendido en sus elucubraciones algunos de estos curiosos eruditos de ocasión, se pasaría a dar con las oportunas explicaciones de muchas de las incógnitas que en todas las épocas se han venido formulando respecto al marino genovés y su viaje atlántico a las Indias.

Pero sobre todas estas hipótesis y cuentos de viejas hay que destacar desde unas pretensiones más legítimas la entrada en el juego de la existencia de un piloto desconocido, también una leyenda, o quizás algo un poco más firme, que fue expuesta por primera vez en 1535 por el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo cuando dijo que un piloto portugués, poco antes de morir, había hablado con Colón, durante una de las estancias de éste en las Azores o en Madeira, lo que le había proporcionado toda clase de información sobre la existencia de unas tierras en el ocaso, así como que otros marinos que se habían adentrado en el océano le habían presentado ciertas maderas talladas de unas determinadas formas que habían sido traídas a aquellas islas por la corriente del Golfo, junto a cañas, vainas de leguminosas, y restos de plantas y árboles que para ellos les eran desconocidos... y que Colón relacionó muy pronto con las referencias que poseía, y hasta oyó decir que las mareas habían arrojado a las playas dos cadáveres de hombres que por sus facciones no eran cristianos.

Todo ello pasó a afirmar al Almirante en la seguridad que en él se había ido formando desde que hubo navegado por las frías aguas de Islandia, como era que surcando aquel mar hacia occidente se habría de llegar a dar con la India o la isla de Cipango, lo que hace que nos preguntemos si fue cierta la teoría del piloto desconocido que tan brillantemente ha defendido en un erudito y notable trabajo el historiador Juan Manzano.⁵

No seré yo el que diga que no de un modo categórico, aunque reconozca que como teoría, y sólo desde las posibilidades que como tal muestra toda teoría, sobre todo si está tan bien argumentada como lo está ésta, se puede tener en cuenta desde ciertos límites. Y es que todo cuanto rodeó a Cristóbal Colón fue objeto de ser un misterio declarado, como continúa siéndolo.

III

Si reparamos, aunque sea en una mínima proporción cuanto sabemos con fiel seguridad de la vida de Cristóbal Colón, muy pronto sentimos que nos vamos dejando dominar por la sensación de que nos encontramos ante un hombre que en determinado momento comenzó a creer con resolución que un impulso extraño a él le estaba forzando a cumplir con una misión que en sí era de dimensiones extraordinarias y por la que pronto se vio impelido a tener que vagar y vagar por los mares y, con ello, conocer lugares diferentes a los que en su juventud se había relacionado: lugares de múltiples étnias que hablaban abigarradas lenguas, y practicaban ritos de diferentes credos religiosos que le eran conocidos y desconocidos...⁶

Sí, muy pronto Cristóbal Colón se sintió dominado por una sugestión y una curiosidad renovadas que le llamaron a saber del mundo en su naturaleza y en la mutable faz que mostraba en las ciudades, y como tal lo fue en aquellos años de la segunda mitad del siglo XV en que parecía que comenzaba a ceder lo que era la ordenada cosmovisión dominante por haber sido impuesta hasta aquel momento, y que siglos después sería conocida por *medieval*... Y con todo ello presente en su mente, muy pronto, inició una existencia que si estuvo colmada de algo sustancial fue de un sentimiento de desarraigo que le indujo a entregarse a la soledad y hasta sentirse dominado por la sensación de sufrir un permanente y extraño desamparo.

Al final, aquel conjunto de interrogantes y respuestas vino a servirle de estímulo para, muy pronto, verse obligado a tener que actuar agudizando las cualidades que en todo momento se reconoció y aceptó que le definían, como era una manifiesta y dominante curiosidad especulativa que le impulsaba, y por la que podría establecer

⁵ Juan Manzano Manzano, *Colón y su secreto*, Madrid 1981.

⁶ Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, prólogo y notas de Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1982, pág. 330

una relación y hasta confundir ciertas indagaciones y conocimientos procurados por las dotes de observación más que notables de que era poseedor.

Todo lo cual propició que fuese un decidido buscador del fundamento primero y razón última que asistían a todo cuanto le rodeaba, o lo que es lo mismo que decir que fue un hombre meditabundo y razonador sobre una lógica causal claramente particular por lo que se sintió unido al impulso propio de la acción que, al mismo tiempo, lo mediatizaba, por lo que andando el tiempo habría de precipitarse y participar en aquel raro juego que era propio de su imaginación por el que la realidad, contemplada y examinada, pasó a jugar un papel tan substancial como condicionante y restringido, lo que posibilitó que, en consecuencia, estructurase una cosmovisión particular que le llevaría a trascender lo meramente aceptado como usual e inmediato.

Por ello, y antes de pasar adelante, debemos considerar en Cristóbal Colón su condición de hombre de mar, lo que hizo que se desenvolviere con facilidad en las distintas direcciones que marcaba en cada momento y lugar la rosa de los vientos, así como observando con atención las diferentes estelas de las corrientes marinas que percibió en la superficie del mar, y escuchando con atención cuanto lo que le fue referido por muchos de los marinos con los que habló en los puertos de todos los mares así como de viajeros que en gran parte se acomodaban a una mitología que siempre era tenida por misteriosa...

Y a aquel cúmulo de noticias y referencias añadió una buena parte de lo aprehendido por su propia experiencia y la aplicación de sus conocimientos, y como tal vemos que lo dejó dicho en 1502 en una de las cartas que escribió en Granada dirigida a los Reyes Católicos: «Los navegantes y otras gentes que tratan por la mar tienen siempre mayor conocimiento de las partidas particulares del mundo donde usan y hacen sus contractaciones más continuo; y por esto cada uno d'estos sabe mejor de lo que ve cada día que no por lo otro que viene de años ha años. Y si reszebimos con delectación que ellos mismos nos hacen de lo que vieron y colligieron, como cierto allegamos más grande enseñanza de aquellos que dependemos por nuestra propia espirenzia».⁷ Y como justa consecuencia del gran autodidacta que fue, en nada puede extrañarnos que fuese un hombre que en una gran parte de su vida, por no decir a lo largo de todo ella, permaneció decantado y refugiado en unos sentimientos de orfandad más o menos manifiestos, y que tal como podemos encontrar en muchas de las páginas que siguen, tuvo unas claras connotaciones bien propias y definidoras de lo que era su personalidad o, si queremos, de su peculiar modo de actuar.

Pero, en el espíritu de Cristóbal Colón hubo siempre algo más, algo que permaneció recóndito e íntimo, o si queremos, oculto, y que vino a hacerse presente en aquel momento en que aceptó asumir lo que daba forma a su personalidad, y lo fue de un modo tan ajustado y delimitado que hizo que se comportase de manera que sintió que estaba siendo guiado por la inferencia de una fuerza que en todo le era

⁷ Ver entre otras muchas biografías, Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la Mar Océano (Vida de Cristóbal Colón)*, México, 1993, pág. 78 y ss.

ajena y superior a él y que muy bien podía ser tenida, y hasta aceptada, como propia del dueño de su destino, aunque más adelante, dicho ímpetu pasaría a ser asumido por él mismo como algo más sustancial, como su sino y hasta su predestinación, lo que le forzó a que aceptase que él, como el ser humano que era, viniera a obrar desde un fatalismo imposible de eludir tal como llegó a reconocer en su conciencia por hacerse presente en ella una fuerza que le obligó a asumir que debía actuar conforme a aquel impulso que lo mediatizaba y, al mismo tiempo, le impelía a que conociese el mundo con una suficiencia proporcionada a su idoneidad, lo que habría de terminar por hacerse dominante en su pensamiento y en su manera de discernir.

En consecuencia, y por otro lado, aquel impulso era lo que llegó a imponerse con determinación en su mente para sostenerle en una declarada porfía de desafío con el conocimiento del mundo, en la imagen que mostraba, así como en los secretos que atesoraba o, si queremos, en el verdadero y recóndito sentido que en todo momento intuyó que poseía: y es que, como va apuntado, muy pronto Cristóbal Colón debió reconocer que su yo estaba condicionado a tener que permanecer en todo momento en un estado de incertidumbre semejante a aquellos otros que habían quedado entregados a un extraño destierro de todo cuanto les rodeaba.

Aquel cúmulo de conocimientos e intuiciones conllevó que, en apariencia, y sólo en apariencia, se sintiera mediatizado y confundido hasta que por último, pudo percibir que permanecía en una especie de perturbación laberíntica en la que no faltaban ecos de voces que no cesaban de apremiarle con el frágil valor de exigencias inmediatas, lo que hizo que pareciese que otras fuerzas que había conjurado acudieran para obrar en contra de él con el fin de impedirle que pudiera reconocerse en lo que en verdad era y, llegada la ocasión que parecía propicia, a manifestarse desde lo que admitía como su propio dictado.

Por todo este cúmulo de incidencias vemos que el Almirante alcanzó a contemplarse obrando en una serie de diferentes tramos que al final habrían de dar forma encadenada a lo que fue su vida, un conjunto de etapas en las que su poderosa mirada, sin duda, debió tratar de percibir el sentido último de cuanto se abría ante él, y con ello, asumirlo en lo que era su manera de concebir y ya, a continuación, llegar a obrar en su entrega al amparo un tanto incierto en que poco a poco se había ido refugiando y, al que cada vez con más confianza se entregó en un momento dado con decidida pasión, lo que a su vez le condicionó a tener que admitir que todo ello concurría en su conciencia de manera permanente y hasta de un modo inquietante, a la vez que le resultaba esquivo por las muchas incertidumbres que le procuraban, por ejemplo, como vemos cuando:

- A) quedaba con la mirada tendida y fija en el trazo curvo del lejano horizonte del océano Atlántico, el mar tenebroso de los marinos, y haciendo frente al viento, esa fuerza que se mostraba sin tener dueño, y en otras ocasiones parecía diluirse y abonanzarse.
- B) Allí lo encontramos en sus años jóvenes, en los acantilados Cliffs of Moher irlandeses, obra de un gigante, antes de regresar al puerto irlandés de Ga-

lway para terminar de pasar las tardes escuchando las aventuras vividas por alguno de aquellos marinos, o, igualmente, ensimismado frente al mismo límite, el aparente remate que parecía desafiarle en el portugués Cabo da Roca antes de tornar al abrigo de su morada en Lisboa...

- C) En la espera tediosa que había de durar años y años en las salas de la corte portuguesa yendo y viniendo entre hombres que habían hecho una y otra vez el viaje por las costas africanas y que no cesaban de propalar de las aventuras vividas y los descubrimientos realizados al tiempo que esperaba que el monarca luso don Joan II tuviese a bien recibirle en audiencia, y con ello darle ocasión de que le expusiera sobre una documentación sucinta la evidencia que se había ido abriendo paso en su mente, que era viable y más que posible llegar a las tierras de las especierías, a las Indias orientales, navegando con la proa puesta a occidente, a aquellos lugares lejanos de los que había dado noticias puntuales el mercader veneciano Marco Polo y otros viajeros, más, tras sentirse rechazado, tener que volver al principio con idéntica porfía para continuar en segundo lugar vagando por tierras castellanas hasta que los reyes doña Isabel y don Fernando vinieran a dar en escucharle, a él, a un hombre al que pronto se le reconoció por el sobrenombre un tanto despectivo de *el Portugués*, y con ello tener la ocasión preciosa de presentar y defender las razones que le asistían de un proyecto de apariencias poco menos que fantásticas...
- D) En las jornadas y jornadas pasadas en Santa Fe entre hombres doctos y gente de guerra en medio de discusiones de índole jurídica y controversias interminables, con gentes que sólo sabían de las palabras en su justa concordancia con otras por ellos codificadas para, por último, llegar a dejarlas reflejadas en un documento que habrían de firmar y rubricar, junto a él, los Reyes Católicos. Así, por fin, un buen día se vino a dar remate a aquellos pactos y estipulaciones, y con todo ello conformar unas Capitulaciones por las que se reconocían las seguridades que avalaban unas verdades y amparaban unos derechos que él había defendido con tozudez, decisión y vehemencia, pues no en vano habrían de respaldarle en el caso de que la empresa fuese llevada a buen fin...
- E) En aquellas horas interminables que colmaron el nivel del tiempo expectante en que permaneció en el retiro forzoso de su camarote de la carabela capitana de nombre Santa María, mientras iban pasando los días esperando que amaneciese el que habría de permitirle pisar aquellas tierras de las Indias que él siempre admitió que estaban esperándole...
- F) El viaje a W. con tres naos llevados por un viento de popa, *el brazo de Dios* que habría de conducirlo a unas islas paradisíacas y a cuya vuelta a la metrópoli sería recibido con el reconocimiento dado a su descubrimiento por las gentes de los pueblos y ciudades por donde pasaba pues la voz que anunciaba la nueva había corrido más veloz que lo hacía su comitiva cuando

iba al encuentro de los Reyes Católicos que le esperaban en Barcelona... Después vendrían otros viajes, hasta sumar cuatro...

- G) Viéndose prisionero y consumido por la impotencia de la soledad y la desesperación en las horas del infortunio más cruel, como fue cuando prendido con grilletes y arrojado a la bodega de una carabela llamada *La Gorda*, para ser conducido de vuelta a España donde debería ser entregado a la justicia de sus Reyes, y todo ello una vez que hubo sido destituido y desposeído de sus derechos y privilegios por haber sido acusado de mal gobierno por unas voces que siempre le habían perseguido y que por último habían tomado forma humana en el implacable comendador don Francisco de Bobadilla, fiel cumplidor de las órdenes recibidas de su señor don Fernando, hombre político y el silencio que aprobaba de doña Isabel.
- H) Paralizado y suspendido por la sensación reconfortante, plena e íntima, también increíble, a la que se entregó una vez que dejó atrás las mil dudas que le habían sobrevenido en aquella tierra de las Indias y, en consonancia y concordia con su conciencia, pasó a admitir que las aguas de aquel río de enorme caudal que navegaba, el río Orinoco, y que le indujo a admitir, puesto que se encontraba en oriente, que no podía ser otro que uno de los cuatro grandes brazos que tenían su fuente en el Paraíso Terrenal y, en su consecuencia, que debía hallarse en sus proximidades..., con lo que dio cumplimiento a uno de los deseos que con mayor fuerza había sabido guardar en su corazón.
- I) Cuando vencido por las debilidades y achaques impuestos por la edad, y meditabundo y abismado en la penumbra de su mente, y hasta mal acomodado en los lomos de una mula, marchaba por los caminos que cruzaban las tierras castellanas una vez que hubo dejado atrás la bulliciosa ciudad de Sevilla para llegar a Segovia, donde pudo saber que unos días antes la corte itinerante había partido, y por ello se vio obligado a continuar viaje a Salamanca, con la misma suerte para, por último, llegar a Valladolid donde, impedido e incapacitado por los achaques y males que padecía, y sin haber conseguido entrevistarse y exponerles sus reclamaciones, a los nuevos monarcas castellanos. doña Juana y don Felipe, vino a morir un 19 de mayo de 1506...

IV

Sin ninguna duda, Cristóbal Colón —y tanto en estos significativos y contados trances, como en otros muchos que podríamos añadir, y a cual más dispar—, viéndose desnudo de los ropajes que en tantas ocasiones le habían servido para mostrar el alto estado que le dominaba, y así mismo en otras, de necesarios y humildes encu-

brimientos reparadores, tuvo que contemplarse con mirada inquieta e incómoda en el implacable espejo que siempre tuvo ante su mirada para, sin parpadear, tratar de encontrarse con lo que había de ser la verdad reflejada en su rostro, una verdad rigurosa e inapelable que se hacía presente en sus rasgos y mirada, y con ello alcanzar a saber de él mismo en lo que sería una confidencia que respondería a la pregunta de quién era aquel hombre que al mismo tiempo le miraba y en quién se miraba, que le encontraba y en quién se encontraba...

Y al mismo tiempo tuvo que tratar de conocer por qué en determinadas ocasiones había actuado de la manera en que lo había hecho; qué fuerza extraña había guiado los pasos dados en su vida peregrina, siempre entregada a la búsqueda de una invención que en él había llegado a confundirse con una quimera, con un deseo concebido como una realidad posible, y que ante él quedaba tamizado por las veladuras de la deseada ficción, y que hasta conformaba una figuración que nunca había dudado en admitir que por él era vehementemente requerida..., y también diferenciada si daba en compararla con tantas y tantas obras que habían definido a muchos de aquellos que le habían rodeado, y de las más diversas condiciones que le habían sido impuestas por la vida, desde sus señores los reyes, con lo que significaba su alto poder y destino, hasta el último grumete de los barcos que habían estado bajo su gobierno, que en todo momento le habían mirado esperando recibir una orden.

Sí, su vida había transcurrido del mismo modo que continuaba haciéndolo, en medio de una urdimbre hecha de iniciativas y privaciones, de sujeciones y dependencias, de fracasos y rechazos a cuales más aleatorios y abiertos, y que quedaban ensamblados de un modo extraño en la sucesión de los días, y de los que él, sobre la reflexión y la advertencia que le eran propias, había ido asumiendo y asimilando en un alto grado con aceptada extrañeza. Y lo fue de dicho modo en aquiescencia con el flujo de la existencia que fue precipitándose conforme se iba cumpliendo de una manera tan inexorable como dispar.

Y es que en todo momento, el Almirante de Castilla, siempre, tuvo una clara conciencia de que su vida había estado encadenada por firmes verdades, también por continuadas certezas, y hasta por presumibles incertidumbres... que habían porfiado entre sí, y que habían aparecido de manera inexorable a lo largo de los años para prenderle con fuerza en unas ocasiones, y para liberarle y rescatarle en otras, y siempre para mantenerle a salvo gracias al auxilio fúlgido de la generosa y fértil imaginación de que era dueño y que había propiciado que una y otra vez viniese a renacer de un soporte colmado de cenizas en que se había precipitado una y otra vez.

La vida de Cristóbal Colón, como veremos en algunos de sus momentos más sobresalientes, fue sumamente peculiar o, si queremos, tan extraña como única sobre mil contrastes, y por ello no es difícil que pueda admitirse que tuvo que haber en ella una etapa netamente definitoria y como tal capaz de marcar un antes y un después contrastados, aunque de todo ello nunca podremos saber a ciencia cierta en el momento en que sucedió, por más que lo intuyamos con mayor o menor fortuna.

Por tanto, como tal, es muy posible que tuviera que suceder cuando en su mente altamente analítica y un tanto mediatizada que le hacía volver sobre él mismo, comenzó a tomar forma lo que ya era una estructura en la que se acumulaban los datos que había sido capaz de extraer de las circunstancias que se habían sucedido hasta aquel momento, y una a una, le habían ido disponiendo a que fuese a dar en su espíritu, como el poso dejado por un sentimiento, lo que le había conducido a que tuviera que admitir la sospecha de que en un primer momento no había pasado de ser poco más que una vaga afirmación que se había confundido con una confianza propia otorgada por un leve convencimiento y seguridad personal.

Más, todo ello debió suceder en la vida de Colón a partir de un momento preciso y suficiente y, por tanto, a que llegase a creer que podía apoyarse con confianza en una certidumbre que le auxiliaba en su conciencia con la imagen del ser que era y del que iba a llegar a ser, la de un hombre que por un lado parecía estar dotado de una personalidad dominada a la vez por una sugestión y unas expectativas que quedaban ordenadas y que habían hecho de él un trotamundos observador, lo que a su vez, en unas ocasiones, le había conducido a permanecer orientado con firmeza en una determinada dirección, y otras a sentirse desorientado y hasta sorprendido por creerse dominado por la incertidumbre más angustiada.

Pero Cristóbal Colón prosiguió yendo y viniendo de un lado para otro por el ancho mundo que se abría ante él, y a la vez tratando de desvelar el sentido posible y definitivo de su peregrinaje ciego, lo que en su consecuencia le había conducido a tener que asumir en su ser la participación de la existencia de un secreto propio de la naturaleza del mundo, —y no me refiero a aquel que compartió con otro hombre como fue cuando trató del *piloto desconocido*—, que estaba destinado a desvelar, lo que, una y otra vez, habría de reducirlo para terminar haciendo que se preguntara quién era, cuál era la misión a la que sentía obligado a cumplir...

Por todo lo apuntado —y sobre el equilibrio inestable que le prestaba a la vez una irresolución dependiente y una certidumbre, manifiestas ambas de sentimientos que se manifestaban en su capacidad de reflexión—, Cristóbal Colón dio en ser un hombre que por las cualidades que le eran propias, y así lo admitió y destacó en mil ocasiones, fue un autodidacta dotado de una notable capacidad de asimilación de cuantos conocimientos del mundo físico fue adquiriendo sobre la experiencia, así como de las ideas y referencias que le procuraron las lecturas de algunos autores de la antigüedad, lo que le condujo a actuar desde una consideración que le indujo a reconocerse dueño de una fértil capacidad de discernimiento, verdadera palanca de lo que llegaría a ser su verdad concluyente por más que, en el fondo, no pasase de ser una certeza, o lo que es lo mismo que afirmar que en su principio, y asumido de un modo imperceptible, se vio reducido a la aceptación de que era poseedor de una capacidad de discernimiento de una imagen del mundo que había permanecido oculta hasta él, con lo que ello significaba en el más amplio de los sentidos.

Toda aquella imagen extraordinaria sintió que aparecía reflejada en aquel espejo en que una y otra vez se había mirado y miraba, y lo hacía en aquella faz en que se reconocía, en su yo, y lo era del mismo modo que desde su espíritu unas fuerzas

pugnaban por ordenar y reordenar su pensamiento, y como tal lo fue proyectando desde la fiel e inmediata observación hasta la aceptación incondicional de unas nociones que asumió sobre el estudio y que vinieron a terminar por quedar unidas a las que eran propias de unos hombres de religión con los que llegó a intimar, así como por las aportaciones de su memoria que le hacían recuperar experiencias vividas por él mismo y por otros muchos que le dijeron en medio de fantasías.

Su pensamiento pasó a configurarse en todo semejante a una realidad consistente que mostraba una proposición que hasta él había permanecido en la oscuridad con independencia de que estuviese dotada de unos límites ignorados por sus coetáneos europeos —una realidad que pasaba a presentar unas dimensiones propias de un orden superior y que aparecía dotada de unas formas hasta entonces ignoradas—, y que por su incidencia a hacer que llegase a conocerse más allá de lo que era un atisbo poco menos que referencial y en todo semejante a los que desde hacía siglos habían sido aportados por algunos de los viajeros que se habían aventurados por los caminos terrestres que conducían a las lejanas tierras de oriente.

Pero hubo algo más como fue que Cristóbal Colón dio en reparar y admitir que lo que en él habían sido unas actuaciones que parecía que se debían a su iniciativa, y que quedaba unido a otras que aunque le eran ajenas también se habían hecho sentir en él, y todo lo cual fue apareciendo de aquel modo para que se cumpliera con puntualidad acertada el dictado de unas pretensiones que muy pronto admitió que le eran propias, con independencia de que fuesen asumidas de un modo semejante a como si hubieran llegado a realizarse una vez que hubiera aceptado y continuado el dictado ineludiblemente que había sido dispuesto en él por un ser superior, por la divinidad.

Todo, y en un primer momento, hizo que se redujese a sentir una cierta incertidumbre por contemplarse como los que creía que era, un hombre que para su suerte o infortunio había quedado separado del común de los humanos por sentirse impar y hasta único, y con ello, de haber tomado conciencia de que en él se iban cumpliendo unos dictados que pronto, por su parte, no pudo considerar que sólo podían tener un origen espiritual y maravilloso, para ya, más adelante, llegar a alcanzar en su conciencia la sensación de tenerse por un ser fundador, por un ser primero, lo cual, desde nuestra perspectiva, nos permite que debamos apreciarlo dominado por la caracterización de un tipo de estado mental que conocemos por un prototipo de neurosis que muy bien podemos caracterizar de mitomanía.⁸ y que vino a manifestarse en él a través de un comportamiento que, por último, habría de conducirlo a participar de una actitud que era bien propia de un ser que había llegado a creerse elegido para llegar a cumplir a lo largo de su vida un determinado cometido, una inequívoca misión, y por ello, ser un hombre que había quedado dotado de unas cualidades tan definidas como peculiares, lo que le había conducido a que se sintiera plenamente respaldado por una idoneidad psicológica acorde con ello.

⁸ Cristóbal Colón, en *Colección Documental del Descubrimiento (1470-1506)* (CDDD), Madrid, 1994, t. I. pág. 1414.

Todo aconteció de dicho modo, con preferencia a una vez que hubo pasado a depender del dictado que por fatalidad admitió que le había sido impuesto y, en su consecuencia, llegó a saber que era el corolario natural de su sino, de su destino, por lo que, en consecuencia última, pasó a manifestarse en la vida sobre unas determinadas actuaciones que asumió como si estuvieran condicionadas al cumplimiento de unas formalidades que habrían de cumplirse al tiempo que las reconocía como si fueran sus frutos directos de lo que en su fondo aparecía, y que no eran más que unos vestigios dados en clave por los que en un momento determinado había convenido que podía llegar a reconocer en su conciencia: que él, Cristóbal Colón, era un hombre que había sido elegido y designado por la divinidad para cumplir una misión de capital importancia y trascendencia, toda vez que por su obra la humanidad, en su conjunto, y a pesar de su manifiesta disparidad, vendría a inaugurar una etapa inédita en su comportamiento, y que se haría realidad sobre unas relaciones que hasta entonces habían sido imposibles tan siquiera de imaginar.

Por tanto, y como un fin consecuente y último de lo que era su empresa, a cumplir, y que así mismo era una manifiesta obra de Dios, se pasaría a lo que sería una aportación hecha a favor de la cristiandad. Y todo cuanto admitía sería posible porque él, como elegido que había sido para que de dicho modo se viniese a cumplir el dictado insondable de la divinidad, procuraría los medios considerados necesarios, y suficientes a la par que imprescindibles, siendo la razón última, según dijo en diferentes ocasiones, la reconquista de Jerusalén por medio de una nueva Cruzada, y con ella la conversión de los infieles a la doctrina de Cristo.

Todo pasó a dar forma a la única certidumbre que nos puede servir de apoyo a la hora de llegar a entrever este problema con un margen mínimo de error, una certidumbre que nos explica con cierta nitidez una sustancial parte del comportamiento observado por Cristóbal Colón, y que vino a hacerse manifiesto a partir del momento en que se estableció en su mente el condicionante de orden psicológico a que nos hemos referido, y que debemos considerar esencial a en el momento de pretender encontrar lo que puede ser una explicación e interpretación plausibles de lo que fue su existencia, ya que nos ha de servir para que podamos llegar a comprender lo que fue su continuada manera de obrar.

Aunque por otro lado sería oportuno que tengamos presente las imágenes que de él y su obra, con los siglos, se han acumulado, para contemplarlas tal como fueron levantadas por sus biógrafos y estudiosos, con independencia de que, como es natural, lo fuesen según el color del prisma aplicado por cada uno de ellos, del mismo modo que lo será la nuestra, así como la que correspondió a su propia época.

Por eso debemos partir de la biografía que de él remodeló su hijo Hernando, que prestó gran cuidado a todo cuanto sirviese a salvaguardar la mayor limpieza y honra de su memoria, y con ello venir a salvarla de la amenaza que supuso la declarada incompreensión de muchos de sus contemporáneos, la acción maldiciente y decidida de aquellos que obraron desde la envidia que por alguna razón u otra

le persiguieron sin tregua,⁹ así como la de algunos de los historiadores de sus días que lo contemplaron con evidente admiración, para continuar con las que fueron escritas en los siglos posteriores.

Y es que los mitómanos —y ya de manera bien particular en el caso de Cristóbal Colón, y en un cierto grado semejante a como lo encontramos en otros muchos descubridores del siglo XVI que participaron en lo que se llamó la Gran Empresa Americana—, siempre han sentido y reconocido que la impronta que les impuso la caracterización de su impulso vital, o si queremos, su personalidad acoplada a un cierto prototipo de temperamento, estuvo mediatizada por la fascinación y ascendiente que sobre ellos ejerce una fuerza que les asigna e impone el cumplimiento fiel de un destino marcado por una singularidad peculiar, singularidad que ha sido percibida como lo que ya tenía que ser, y como tal les insta a tener que proseguir adelante por el camino marcado.

Y de aquel modo se fue cumplido en su caso sin que ni siquiera llegase a tener la menor opción de caer en la tentación de tornar la cabeza para alcanzar con la mirada lo que había sido su pasado: y es que no en vano lo que fue asumido en su conciencia, desde el mismo instante en que hubo llegado a aceptar la pauta que tenía que secundar, pasó a inferir en ella lo que en verdad era también un factor personal, recóndito y sigiloso, que obraba desde el amparo y la intercesión de su intimidad, y del que se consideró dependiente.

Por todo cuanto apunto, y desde la hondura reservada que le dominó durante toda la vida, nada impidió a Cristóbal Colón identificarse con lo que era un ser módelico que en algunos momentos había percibido y arrogado que pudiera pertenecer a las órdenes religiosas, guerreras, políticas..., y también, por encima de todo ello, de venir a ser descubridor de unos espacios del mundos de los que apenas se sabía que existían más que por unas vagas e indeterminadas referencias, lo que precipitó que, en consecuencia con todo ello, el espíritu emprendedor y consecuente, y a la vez aventurero, que le había caracterizado por estar enraizado en su espíritu, pasase a manifestarse en lo que habría de llegar a ser—como lo fue—, una vez que pasó a asumir, que había sido marcado por un carisma que lo definía y por el que se renovaba en lo que era una afectividad y una sensibilidad que eran bien propias de un fundador y explorador de unas tierras que hasta él permanecían ocultas, y de las que llegaría a ser nombrado Adelantado por así estar convenido y pactado por sus reyes.

⁹ Los términos mitomanía y mitómano hicieron su aparición en la literatura psiquiátrica a comienzos del siglo XX, concretamente en 1905, cuando Ernest Dupré se sirvió de este término para designar la tendencia a la fabulación supuesta y admitida como realidad psicológica propia que poseen algunas personas y que en su forma más benigna no pasa de ser una posesión psicológica debida a un cierto grado de vanidad, para ya, en un grado superior, llegar a un estado de simulación que conduce a que se caiga en un plano somático, por más que no admitido como tal sino como fundamento de su existencia. Otros psicoanalistas que han tratado del mitómano como ser prototípico son Michel Neyrout, A. Porot... Véase la voz *mythomania* en Alain de Mijolla, *Dictionnaire international de la psychanalyse*, Pau, 2002, pág. 1125 y ss.

En un primer momento la metamorfosis que se verificó en él, o mutación psicológica, hizo que como tal perturbación se manifestara en un momento dado, aunque lo fuera de una manera más que confusa o, si queremos, hasta colmada de dudas e incertidumbres, con independencia de que en buena parte hubiera quedado solapada por lo que dicha mudanza conllevaba y, al mismo tiempo, por hacerse presente en su conciencia la concurrencia de la memoria —una facultad tan secreta y recóndita como definidora a la vez que indefinidora ya que unas veces actuaba a voluntad sobre una búsqueda deseada e intencionada, y otras de manera inconsciente—, que se hizo presente para dirigirle en una dirección al tiempo que le dotaba de una cierta presunción que se manifestó en él de una forma más o menos involuntaria, y que como tal asumió.

Esto que apunto, y que vino a acumularse en él desde aquellos pasos iniciales, sobrecargados de alternativas y dilemas, y con mayor fundamento una vez que se sintió frustrado y hasta fracasado por haber sido rechazado primero en la corte portuguesa durante los años comprendidos entre 1477 y 1485 —entonces el centro en que se acumulaban los mejores marinos conocedores de las rutas del océano Atlántico a África, y ya lo fuesen comerciales como de descubrimiento—, y porfiado sin desmayo porque fuese reconocida como acertada y hasta posible la idea de su empresa náutica, y junto a ello entregado al aprendizaje de las lenguas que mayor beneficio podían reportarle en sus iniciativas futuras, como eran el portugués y el español, así como el latín, pues esta última le abriría la posibilidad del conocimiento de la sabiduría del mundo antiguo, en los campos de la matemática y la astronomía, y en el que debía tenerse como el orden propiamente geográfico, lo que con sagacidad habían sabido actualizar los portugueses y aplicarlo en la navegación de altura. Y es que no era un secreto que el infante don Enrique había mostrado una decisión bien terminante de enviar, año tras año, expediciones de barcos con la misión de obtener noticias fidedignas de las tierras nuevas que podían encontrarse al sur del cabo Nun en la costa africana, y con ello vencer con nuevas rutas bien fijadas por las estrellas en el firmamento, cuyas posiciones entonces se comenzaban a reconocer y leer sobre el fárrago posibilista y turbador que se había aportado durante siglos por la acumulación de leyendas.¹⁰

Con todo ello, Cristóbal Colón se manifestó de una manera un tanto incierta e insegura aunque pronto lo hizo afirmándose en un asentamiento que le era propio, lo que le dispuso a sentirse dotado de una vigorosa consistencia que habría de terminar conduciéndole a obrar sobre una reflexión personal, lo que le permitió contemplarse de un modo certero en lo que había llegado a ser, en lo que ya era: en un ser dotado de una clarividencia que le impulsaba a desdoblarse sobre él mismo, y con ello a sentirse transformado y, si así lo queremos contemplar hasta enriquecido por la asimilación de unos conocimientos que poco a poco habían ido despertándose en su mente sobre unas intuiciones y unos razonamientos tan extraños como acertados y felices, lo que le determinó a participar de unos límites que poco antes, para él, habían sido poco menos que inalcanzables por no decir difícilmente imaginables, lo

¹⁰ Consuelo Valera, «El taller historiográfico colombino», *Silva*, n.º 1, 2002, pág. 213.

que le había dispuesto a participar de una corriente sinuosa de conocimientos que a su vez estaba plagada de luces cegadoras que acabaría por arrastrarlo.

De esta manera aceptó lo que su forma de actuar manifestó con suma nitidez, y que habría de terminar por conducirlo a sentirse obligado a confesar en repetidas ocasiones, aunque en este momento nos limitemos a consignar lo que dijo en una carta que envió al rey Don Fernando: «Dios Nuestro Señor milagrosamente me embió acá porque yo sirviese a Vuestra Alteza; dixé milagrosamente, porque fui a aportar a Portugal, a donde el Rey de allí entendía en el descubrir más que otro; El le atajó la vista, oído y todos los sentidos, que en catorce años no le pude hazer entender lo que yo dixé: También dixé milagrosamente, porque ove cartas de ruego de tres Príncipes, que la Reina que Dios aya vido y se las leyó al doctor Villalón...»¹¹ Todo había sucedido, sobre él, tal como había dictado la divinidad

Lo que, consecuentemente, para Cristóbal Colón, fue algo más que una mera certeza intrascendente que traducía una aprensión dominante, pues fue una verdad que en él se hizo patente, llevándole a saber que había sido la persona elegida por la divinidad para poder llevar a cabo una determinada misión de trascendencia imposible de calcular, como era que fuese posible que llegase a cumplirse el viaje de descubrimiento de las Indias orientales siguiendo la rota de occidente, y con ello, también lo fue el hecho que de manera consecuente, una y otra vez, y por concurrencia de circunstancias siempre extrañas, viniera a hacerse patente todo lo necesario para que llegara a hacerse realidad, y que lo fuese de la única manera que podía y debía serlo, milagrosamente, como hemos visto que dice de manera repetida en las palabras citadas, y desde luego dichas en algo más que como mera fórmula retórica,

Más si todo ello son palabras propias de una confidencia hecha a su rey una vez que éste había tenido noticias de la culminación de su obra, estaban dichas en un tono de revelación secreta que llevaba a compartir una familiaridad e intimidad al tiempo que le hacía saber que también él, don Fernando, con todo el poder propio de un rey que poseía, estaba condicionado por la voluntad de Dios en sus actuaciones.

Pero había más, pues con la aceptación de todo cuanto asistía en su persona se hacía acreedor de que corría el riesgo de ser tachado de haberse entregado a la fantasía por no decir que podía ser acusado de ser amigo de andar rozando la heterodoxia al apelar a una manifestación plausible de la voluntad divina. Sí, en la vida de Cristóbal Colón, tuvo que haber una circunstancia decisiva por la que su alma quedó dispuesta a hacerle partícipe de una revelación, de un acto luminoso que llegó casi a cegarle y confundirle.

¹¹ Son numerosos los historiadores que se han ocupado de las andanzas de Cristóbal Colón en Portugal durante estos años dada la trascendencia que tuvieron a la hora de completar su formación de marino obtenida de manera un tanto autodidacta, así como de la adquisición de una seguridad en la posibilidad de llegar a oriente navegando por occidente. Ver entre otros, de Samuel Eliot Morison, *El almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón, op. cit.*, pág. 90, y de Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Madrid, 2005, pág. 95.

La aceptación de dicha evidencia debió haberle sucedido en un momento que pronto pasó a ser admitida, como la consecuencia última de un encadenamiento en el que habían concurrido diversos hechos de apariencias accidentales e independientes, pero que al final, en su conjunto, vinieron a manifestarse en lo que era un significativo indicio que le obligó a adentrarse en una dirección determinada, una señal inequívoca que le hizo partícipe de la presencia de un dictado que se reveló en él mismo y, que en su consecuencia, pasó a admitir que era maravilloso, pues sólo cabía la posibilidad de que fuese sobrenatural, y como tal, con claridad suficiente para desvelarle el sentido último de sus andanzas por el mundo. Cristóbal Colón supo que había sido la persona elegida por Dios para cumplir una determinada y singular misión en su vida como era cumplir un servicio de orden superior al de sus pobres fuerzas, y que, como tal asistencia, venía a ser una solución en todo concordante con un fin que era tan portentoso como excepcional, y por ello, para cuantos se han aproximado a él, un problema tan personal como histórico.